

## LA POÉTICA DE LA CIENCIA NUEVA

*Marco Lucchesi*



Itinerario a través de los principales lugares viquianos, con un especial interés en la emergencia y comprensión viquiana de los aspectos que revelan el valor de la mitología y de la poesía para el entendimiento del hombre y de su historia.

The paper may be viewed as a route through the main Vichian topics with a particular focus on Vico's theory of understanding human history and the value that both mythology and poetry may achieve in order to comprehend man and his history.

Recorrer las páginas de la *Ciencia Nueva* sugiere el descubrimiento de un mundo formidable, de horizontes que no terminan, de ríos profundos y caudalosos, de grandes paisajes celestes. Como en un *concerto grosso*, vemos pasar los comienzos de la Historia. Hombres y dioses. Gigantes y héroes. Cómo pensaban los primeros hombres. Cómo nacieron las lenguas. Cómo la poesía

llegó antes que la prosa. Los universales fantásticos. Los universales lógicos. El significado de los mitos. El sentido de las religiones. La historia ideal eterna rigiendo el curso de las naciones. Toda una sociología del conocimiento emergiendo de esa *divina comedia barroca*, con su inventario de sombras e iluminaciones, armonías y disonancias. Giambattista Vico (1668-1744) es el arquitecto de imágenes y conceptos que resuenan en la maravillosa catedral de esta *Ciencia Nueva*.

Pero de qué modo podemos definir el rostro del filósofo en una ciudad como Nápoles, cuando la península italiana ya había perdido sus fuerzas hegemónicas ante la cultura europea; una Nápoles atravesada por los resquicios de la escolástica, renovada, en el siglo XVI, por las manos de un Suárez, y precozmente envejecida; una Nápoles que absorbía los impactos de la física de Boyle y de Gassendi, los libros de Mersenne y Pascal, la filosofía de Bruno y Telesio, la astronomía de Kepler y Galileo; una Nápoles del derecho de Grocio y de Selden, de los intelectuales *novatori*, como Leonardo di Capua y Pietro Giannone, estudiosos de los antiguos y de los modernos, de los Pico della Mirandola y Marsilio Ficino, de los Bacon y Spinoza; una Nápoles de las Academias y de la Inquisición, y que pasaba del dominio español al austríaco; una Nápoles bajo el impacto del *Discurso* de Descartes; ¿cómo definir el rostro complejo y variado de Giambattista Vico en esta ciudad igualmente compleja y variada, innovadora y reaccionaria, si no es revelando las líneas de fuerza de su pensamiento que superaban los horizontes dentro de los cuales habían sido plasmadas?

Vico regresaba a Nápoles después de un largo *exilio* –casi una década en el castillo de Vatolla, como preceptor de los hijos del marqués Domenico Rocca–, sumergido en una enorme biblioteca, donde paseó por manuscritos, obras raras e incunables de la cultura romana, barroca y renacentista, consultando innumerables libros viejos, perfeccionando el conocimiento de las lenguas clásicas (Tácito, Platón, Bacon y Grocio fueron, desde entonces, sus cuatro autores). Con sus contemporáneos, Vico vivía un descompás. Todavía mayor que el de un Leopardi, que conoció de cerca el exilio en la biblioteca. Y desde la *fortaleza inexpugnable* de su mesa de trabajo, el filósofo elaboró un método original, como él mismo anotó en su maravillosa autobiografía: «Por esas razones, no sólo vivía como extranjero en su patria sino también ignorado». Tal vez éste fuera el precio de la condición de *autodidascalo*, profesor de sí mismo. Y, sin embargo, de tanto escudriñar el pasado y de tanto examinar los textos del siglo XVII, y de enfrentar aporías, todavía mal resueltas, en una cultura que se prolongaba en el siglo XVIII, Vico alcanzó una extraña contemporaneidad, pero de tal orden que ésta demandaría aproximadamente unos tres siglos para que el Pensamiento Occidental pudiese absorberla. Y si muchas de sus consideraciones hoy nos parecen obvias, ello nos hace comprender que una parte de las miradas de un Durkheim o de un Mauss, de un Piaget o de un Freud estaban como *in nuce* en la *Ciencia Nueva*. Vico, observó Francesco De Sanctis, se enorgullecía

«de no pertenecer a ninguna secta. Y allí estaba su punto débil. Puesto entre dos siglos, en aquel conflicto entre dos mundos, que se enfrentaban en sus últimas batallas, no estaba con los unos ni con los otros, y cantaba los dos. Estaba mucho más adelante que los peripatéticos, que los jesuitas y que los eruditos; estaba mucho más atrás que los otros. Éstos consideraban ridículos sus puntos metafísicos; aquéllos creían livianas sus etimologías y sospechosas sus erudiciones».

Así Vico optaba por la contramano de la *ratio studiorum* de su tiempo. Una importante excepción fue Descartes –intensamente discutido en Nápoles–, que se hizo para Vico, más que un adversario, el gran catalizador de ideas, de cuya oposición surgirían las bases de la *Ciencia Nueva*.

Todo comienza por el *cogito*. Para Vico, el *pienso, luego existo* no pasa de ser una mera constatación. Tenemos sólo la certeza. Falta la verdad. El *cogito* no ofrece la razón y la causa de nuestra existencia, los motivos internos, abismales. El conocimiento (y aquí Vico y Descartes dependen, cada cual a su modo, de la herencia agustiniana) reposa en una relación mutua entre conocer y hacer. *Scire est facere*. Para que conozcamos algo es preciso construirlo, imaginarle las formas, delinear la relación de las partes con el todo. En una palabra, contemplar la idea. Lo que parecía tierra firme en Descartes (el hecho de pensar) no pasaba de pura afirmación, y no establecía un lastre cognitivo. Para comprender mejor el *verum-factum*, Vico emprende el análisis de dos ciencias apreciadas por Descartes, la física y la matemática, celebradas en detrimento de la historia y de la erudición.

Veamos en primer lugar la física. Del punto de vista del conocimiento profundo, de la conversión ya referida, el hombre no puede tener ciencia del mundo. Le falta conciencia para lograr una idea simple y precisa. El hombre no creó el mundo. Sólo Dios puede conocerlo. Comprender las formas de aquél. Relacionar la parte con el todo. Por eso la físi-

ca es un conocimiento real –no cabe duda–, responde al orden de la certeza, pero no al de la verdad. De ella no se puede tener cons-ciencia. Por otro lado, la matemática es una invención humana y, al contrario de lo que pensaba Galileo (que la consideraba como el lenguaje de Dios en la naturaleza), no pasa de ser convención, líneas y puntos, originados de un *fiat* (sea  $A=B$ ), por un apriorismo, que no ofrece el conocimiento real. Apenas abstracciones. Ciencia notable, del punto de vista de las operaciones y de los resultados. Atiende por la verdad, pero no por lo real.

De tal modo, la física responde por lo cierto pero no por lo verdadero, mientras la matemática responde por lo verdadero pero no por lo cierto. Así, como si Vico fuese el nuevo Genio Maligno del *Discurso del método*, listo para sacarle el sistema de seguridad.

Además de eso, para Descartes, la literatura no pasaba de una inútil mezcla de fábulas, que no ofrecían garantía de verdad, desprovistas, como eran, de una base epistemológica. La historia, por otro lado, además de no proporcionar una fuente imperturbable de conocimiento, acababa por alienar al historiador del presente, perdido en la densa floresta del pasado. Como máximo, el estudioso sabía tanto cuanto la sierva de Cicerón. Palabras de Descartes:

«Es cierto que, mientras me limitaba a considerar las costumbres de otros hombres, poco encontraba que me satisficiera, pues advertía en ellos casi tanta diversidad como la que notaba anteriormente entre las tantas opiniones de los filósofos... Pero después que dediqué algunos años a estudiar en el libro del mundo, y en tratar de adquirir alguna experiencia, tomé un día la resolución de estudiarme también a mí mismo y de emplear todas las fuerzas de mi espíritu en la elección de los caminos que debía seguir. Lo que me dio mucho más resultado del que si jamás me hubiese distanciado de mi país y de mis libros».

Nada de eso implicaba un imperativo para el filósofo napolitano. Vico resolvía la diversidad del mundo a través de algunas constantes fundamentales ofrecidas por la historia. Además, el alejamiento del país y de los libros es inverosímil. Jamás podemos alejarnos de lo que somos. La certeza de Vico reside en el hecho de que la historia es obra de los hombres, de que sigue a la naturaleza humana. Y el mundo puede ser explorado por la mente. Desde sus comienzos. Que la Providencia desempeña un papel, no cabe duda. Pero es un papel de coadyuvante. El hombre conoce la historia. Puede figurarla internamente. Definir la parte y el todo. Imaginarle las formas. Intuir los orígenes de la sociedad humana. La historia, como lugar en que la ciencia y la cons-ciencia radicalmente se entrelazan, supera el programa cartesiano, pues unifica el *verum* y el *certum*, según el método viquiano, cuyo edificio reposa en las columnas de la filología y de la filosofía.

La filología no sería apenas el estudio de las lenguas y de sus etimologías, sino también el de las religiones, matrimonios, instituciones. Rehabilitación de la *erudición divina y humana*. Conocimiento del *certum*. Hasta aquí la historia no pasa de un desordenado anticuario, donde se amontonan cabezas de estatuas, arquitrabes semidestruídos, pergaminos, emblemas y efemérides. Ese estadio, que muchos consideraban como historia, sufría no solamente la censura de Descartes, sino también, y de modo especial, la de Vico, que demandaba un segundo momento, el estadio de la verdad, del *verum*, listo para imprimir forma al mundo informe (o disforme) de la erudición. Y la tarea sería llevada a término por

la filosofía, que iría a penetrar los principios y las causas, lo necesario y lo universal, dentro del curso de las naciones, recogiendo y sublimando el paisaje de ruinas legadas por la tradición. El centro de la *Ciencia Nueva* se apoya en la filología y en la filosofía, el *verum* y el *certum*, plenamente convertibles. Verificar lo verdadero. Sólo entonces, la idea de la ciencia, como inteligencia de las causas e imaginación interna, adquiría bases sólidas, que enfrentaban la cogitación cartesiana y ofrecían principios *severos y graves*.

El aparato filológico de Vico fue perfeccionándose desde el *De ratione*, pasando por el *De antiquissima* hasta la *Ciencia Nueva*. Sus abordajes se concentran en la etimología y en la mitología. Ambas sirviendo materialmente a la filosofía. El dominio etimológico de Vico es incuestionablemente precario. Resulta curioso observar en las mejores ediciones (todas le deben a Fausto Nicolini) al autor diciendo una cosa en la página, y el editor rectificando en nota: interpretación equivocada, cita impropia, origen infundado. Aún así, sus etimologías, poco o nada fundamentadas, llevan la marca de su genio, pues representan el *leit motiv* de la Historia, revelando que los nombres derivan de las cosas (una escolástica revisitada), de la mente y de la historia de las naciones, y que funcionan como piezas del ajedrez, en sus idas y venidas, en sus recorridos oblicuos y rectilíneos, y que cumplen la espesura de las reglas de la Ciencia nueva, como las columnas del baldaquín de Bernini forman el contrapunto de lo rectilíneo en San Pedro.

A continuación, la mitología se refiere al modo por el cual los hombres pensaron, fundando un abordaje complejo entre lenguaje y visión de mundo. Un *approach* esencial para la historia pues, al contrario de lo que se pensaba, la mitología no era apenas un adorno de frases o pensamientos, una inútil parafernalia de los antiguos. La mitología era el instrumento revelador de la *forma mentis* de la edad de los héroes. Era preciso descubrir, analizar esas leyendas, algo confusas y equívocas, para extraer de ellas el *contenido latente*, bajo la primera capa nebulosa, de esa narración verdadera que es el mito. Vico anticipaba *La ciudad antigua*, de un Fustel de Coulanges, o *El mundo de Ulises*, de un Moses Finley. Así, a modo de ejemplo, el Minotauro (cuya interpretación colmó de entusiasmo a Isaiah Berlin) representa el ataque de los piratas sufrido por los atenienses, por ser el toro el emblema de la proa de las embarcaciones. Ariadna representa el arte de navegar. La línea era el recorrido. El laberinto, las islas del Egeo.

En una celebrérrima *dignidad* (o axioma), Vico afirma que «los hombres primero sienten sin que lo perciban, después perciben con espíritu perturbado y conmovido y, finalmente, reflexionan con mente pura». En otras palabras, las tres etapas de la *historia ideal eterna*. De los Dioses. De los Héroes. Y de los Hombres. Cada una de ellas generando, naturalmente, una respectiva moral, una física correspondiente, una economía y una política relativas. Cada una de ellas teniendo su *mundivisión*. La edad de los héroes será eminentemente poética, metafórica (anticipando en mucho aquello que Lévi-Brühl denominaría *pensamiento pre-lógico*), con sus procesos mentales diferenciados de la Edad de los Hombres, donde reina el pensamiento racional. A cada una de ellas corresponderían tres lenguas: la jeroglífica o sagrada, la simbólica y, finalmente, la de las señales convencionales por la razón.

Para Vico la historia comienza con Adán y Eva. Sin embargo, con el Diluvio se rompió la armonía del Paraíso Terrestre. Después de eso, era el comienzo de la barbarie. Los gigantes vagaban por las húmedas selvas de la Tierra. Eran los cíclopes de la Odisea. Animales brutos y salvajes, impíos y arrogantes. Miraron el cielo cuando el primer rayo

anunció el trueno. Temían que fuese un dios. Puesto que raciocinaban con el cuerpo (*autopsia*), diciendo el brazo del río, el pie de la montaña, las entrañas de la tierra. Y los rayos como anunciando la ira de los dioses. Se refugiaron en las cavernas. Otros permanecieron, atemorizados, perdidos en las selvas. Aquellos construyeron chozas, cultivaron los campos, aseguraron la propiedad; éstos recurrieron más tarde al asilo de los primeros, para salvar sus vidas. En cambio ellos trabajaron como siervos en la tierra de los señores. Todo eso cuando los hombres vivían en la aurora pos-diluviana de los tiempos.

Los gigantes eran mudos, según una prueba etimológica de los tiempos pasados, que vendría del griego *mythos*, que en latín dio *mutus*, significando (la etimología fantasiosa, pero funcional de Vico) que la edad de los dioses estaba desprovista de voces. Comienzan por la escritura jeroglífica, antes del habla. Piensan por imágenes. Atribuyen a los cuerpos sentidos y pasiones. El uso metafórico precede al uso literal. La poesía viene antes que la prosa. La canción, antes que la lengua. Los primeros hombres piensan poéticamente (la fantasía y el raciocinio como inversamente proporcionales). La primera lengua, articulada, es onomatopéyica. Prueba de eso: los primitivos, asustados con los rayos, se referían a ellos como *Ious* (Zeus, Júpiter). Después aparecen interjecciones, nacidas de pasiones violentas, monosilábicas, en todas las lenguas. Enseguida, los pronombres, formando el yo y el tú. Más tarde, las preposiciones. Finalmente, los verbos, que surgen por último, porque los nombres dejan vestigios, no se mueven, mientras que los verbos son más complejos y traen una idea de anterioridad y posterioridad. Los primeros verbos, en el imperativo. En la sintaxis, la coordinación precede a la subordinación. Toda una tendencia que va de lo simple a lo complejo, no sólo en el lenguaje, sino también en la política, en la economía y en todas las formas del saber regidas por la historia. Tenemos, como dijo, de forma no desinteresada, Benedetto Croce, más que una filosofía de la historia, la metafísica de la mente humana.

Jean-Jacques Rousseau, en *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, diría, años después, cosas semejantes sobre la expresión de los primeros hombres: antes el gesto, después el habla; primero el sentimiento, después el raciocinio. Pero la expresión era una parte del amplio sistema de Vico, que se ocupaba de otras provincias del saber, tales como la física poética y la visión anímica del mundo; la metafísica y los universales, nacidos en las plazas de Atenas (como lo destacó Horkheimer); la política poética, la ley agraria y de las doce tablas; de la moral de la edad de los dioses y héroes, en la que los hombres, frente a la pulsión sexual y al pudor, arrastran a sus mujeres hasta adentro de las cavernas y, un poco más tarde, crean el matrimonio solemne, límite entre los gigantes y la humanidad, al que se une la sepultura de los muertos (el drama de Elpenor y Palinuro, en Homero y Virgilio). Para Vico ambas cuestiones se entrelazan en la religión, que tiene la fuerza de amalgamar las instituciones humanas, creando, de tal manera, una necesaria y positiva visión del mundo, lejos de la teoría conspirativa, de fondo iluminista. La religión es una constante universal, asociada a los ritos solemnes del matrimonio y de la sepultura, marcando, así, un pasaje importante para aquello que iba a constituirse y hacerse, más tarde, la edad poética. La distancia, en términos lévy-straussianos, entre la naturaleza y la cultura, en Vico jamás pone a la historia entre paréntesis, como en la *Antropología estructural*. Por el contrario, la inteligencia del proceso depende sustancialmente del devenir.

Una de las partes más interesantes de esta Ciencia es el libro tres, del *descubrimiento del verdadero Homero*. Eso corresponde a una verificación del sistema viquiano. Tal como

el canto 26 del «infierno» para la *Divina Comedia*. Tal como el Monólogo de Penélope para el Ulises. Tal como la segunda parte de las *Meditaciones* para la obra de Descartes. Para Vico, Homero jamás podría ser caracterizado como filósofo. Sobre todo porque su obra surge en plena edad de los héroes, donde brilla toda una lógica poética, marcada por los sentidos, no compatible con las abstracciones. Ello determina claramente la imposibilidad de que un mismo hombre sea poeta y filósofo sublime. La metafísica busca lo universal. La poesía, los particulares. De Homero no sabemos la patria, y casi todos los pueblos de Grecia le piden la ciudadanía. De Homero no sabemos la edad. Dionisio Longino, no pudiendo disimular la diversidad del estilo de los dos poemas, afirmó que el joven Homero compuso la *Iliada* y en los años maduros escribió la *Odisea*.

Toda esa discusión es de suma importancia para la *Ciencia Nueva*, puesto que ella resume la contraprueba del método (de su *metafísica de la mente*). Veamos su posición. Homero jamás existió como persona sino como *carácter poético* de los hombres griegos, mientras narraba, cantando, sus historias. Vico destruye a la persona de Homero, pero no la unidad de las obras que le son atribuidas, pues les confiere el mismo carácter poético. Y como tal nació en todas las ciudades que lo reivindican y en todos los tiempos que con él se identifican. El joven Homero compuso la *Iliada* cuando Grecia era joven, en consecuencia de las jamás disimuladas sublimes pulsiones, orgullos, cóleras, venganzas. El viejo Homero compuso la *Odisea*, cuando la Grecia enfriaba los ánimos con la reflexión, que es madre de los cuidados. Por eso admiró a Ulises, *héroe de la sabiduría*. Puesto que, en los tiempos de Homero joven, los pueblos de Grecia apreciaban atrocidades y barbarismo; en los tiempos que siguieron disfrutaban los banquetes de Alcinoos, las delicias de Calipso y los baños de Circe.

Así pues, Homero fue un incomparable poeta. Ordenador de la política griega, de la civilización. Patriarca de todos los poetas, fuente de todas las filosofías, sin haber existido jamás a no ser como carácter poético.

De los gigantes a los hombres, de las cavernas a las ciudades, del silencio al verbo, he aquí un poco de lo que encierra el escenario de la historia viquiana, en la cual, como hemos dicho, la Providencia no pasa de un telón de fondo (más para lidiar con la irracionalidad —la acción de Dios es farmacéutica, como en la barbarie de las naciones—, que para determinar ahistóricamente el curso de las cosas humanas). Algo más complejo que Bossuet en su *Discours de l'histoire universelle*, donde afirma que la Providencia movía la historia para humillar la soberbia de los príncipes e infundir el temor de Dios: «la verdadera ciencia de la historia consiste en observar en todos los tiempos sus secretas disposiciones, las que preparaban los grandes cambios, y las coyunturas importantes». Vemos, pues, que la inmanencia del proceso permanece intacta. No había llegado la hora del sistema laplaciano, abandonando del todo la *hipótesis* de Dios.

La filosofía de la historia en Vico responde a la alternancia de las edades, vivida por cada nación, en tiempos que le son propios. Así, pues, con el descubrimiento de América, Europa vivía la edad de los hombres, mientras la Patagonia no salía de la edad de los dioses. Además, tenemos un devenir de flujos y reflujos (*corsi e ricorsi*), donde el fin de un proceso implica el nacimiento de otro. Al final del mundo antiguo surgió la Edad Media, que no pasa de ser una barbarie retornada. Véanse Dante y Homero, la *Divina Comedia* y la *Iliada*, asociados como están por la fuerza de sus imágenes prodigiosas y de sus comparaciones sublimes. Además, nuevos paralelos, como las clientelas romanas y las relaciones feudo-vasallicas. Los sacrificios a los dioses y los juicios de Dios. La gloria de Aquiles y la

honra de Orlando. Analogías aseguradas por la *historia ideal eterna*, y que no se confunden con las repeticiones circulares, sugeridas por Maquiavelo en los *Discursos*. Como bien señaló Collingwood, el principio orientador de la historia viquiana es inicialmente

«la fuerza bruta; después, la fuerza de coraje o heroica; a continuación, la justicia constructiva, después, la originalidad brillante; luego, la reflexión constructiva; y, finalmente, una especie de opulencia disipadora y demoleadora, que destruye lo que fue anteriormente construido».

En otras palabras, pasamos de la moral de la era de los dioses a la de los hombres, al final de cuyo período Vico consideraba inminente la llegada de una nueva barbarie: la barbarie de la reflexión, nacida de una falsa elocuencia, del veneno del escepticismo, de la sofística estéril y peligrosa, de un exceso corrosivo, tal como sucedió con el Imperio Romano. Después de eso, la espiral vuelve a moverse en dirección a los tiempos heroicos. *Espiral* y no *círculo*, como señaló Collingwood, pues la historia en Vico no se repite, aunque produzca, sin embargo, formidables analogías que no pueden ni deben ser despreciadas.

Y no las despreciaron Benjamin y Marx, fascinados con la lógica de que los hombres conocen la historia porque hacen la historia. No las despreciaron Edmund Wilson, que comenzó el viaje a Finlandia en Vico, y Ernst Cassirer, que percibió en él un diccionario de las formas simbólicas. No las despreciaron Benedetto Croce, que fundó una genealogía en la *Ciencia nueva*, y James Joyce, cuya lectura le excitaba la imaginación, como jamás antes le había ocurrido. Tampoco podemos despreciarlas después de *La decadencia de Occidente*, de Spengler, *Un estudio de la historia*, de Toynbee, o *El fin de la historia*, de Fukuyama, por citar aleatoriamente algunos títulos. Cómo despreciarlas al repensar la dialéctica de Marx, el anti-historicismo de Popper, la probabilidad de Nagel, la heurística de Weber, la estructura de Braudel.

Como dijo Horkheimer:

«Cuando la filosofía de la historia continúa alimentando la idea de un sentido nebuloso, pero independiente y aparentemente arbitrario de la historia, que se intenta reproducir en esquemas, construcciones lógicas y sistemas, es necesario contraponerle que existe tanto sentido y razón, para el que quiera ver, como los hombres realicen en él. Si lo que importa es encontrar reglas en la historia, cuyo conocimiento puede servir de medio a tal realización, entonces Vico, ese antiguo filósofo, ‘intérprete del sentido’, fue con seguridad un espíritu revolucionario».

Todos, en este fin de siglo, nos hemos hecho, directa o indirectamente, lectores de Vico. Todos hacemos y sufrimos la historia. Todos buscamos una interpretación. Un sentido. Una posibilidad. Y, por eso mismo, precisamos urgentemente comprender las lecturas que nos comprenden.

[Trad. del portugués por Silvia Carcamo]

## BIBLIOGRAFÍA

AJELLO, RAFFAELE: *Arcana Juris*, Napoli, Jovene, 1976.

Id.: *Il preilluminesimo giuridico*, Napoli, Jovene, 1965.

AMERIO, FRANCO: *Introduzione allo studio di G. B. Vico*, Torino, S.E.I., 1946.

- ID.: «Sulla vichiana dialettica della storia», in *Omaggio a Vico*, Torino, S.E.I., 1946.
- AUERBACH, ERICH: *S. Francesco, Dante, Vico e altri saggi di filologia romanza*, Bari, De Donato, 1970.
- BADALONI, NICOLA: *Introduzione a G. B. Vico*, Milano, Feltrinelli, 1961.
- BATTISTINI, ANDREA (ORG.): *Vico oggi*, Roma, Armando, 1979.
- BERLIN, ISAIAH: *Vico e Herder*, Brasilia, UNB, 1976.
- BIANCA, GIOVANNI A.: *Il concetto di poesia di Giambattista Vico*, Messina-Firenze, D'Anna, 1967.
- BOLELLI, TRISTANO: *Per una storia della ricerca linguistica*, Napoli, Morano, 1965.
- BOSI, ALFREDO: *O ser e o tempo da poesia*, São Paulo, Cultrix, 1972.
- BROCCIA, GIUSEPPE: *La questione omerica*, Firenze, Sansoni, 1979.
- CANDELA, P. SILVESTRO: *L'unità e la religiosità del pensiero di Giambattista Vico*, Napoli, Cenacolo Serafico, 1969.
- CARAMELA, SANTINO: «Giambattista Vico», in *Grande Antologia filosofica*, vol. 13. Milano, Marzorati, 1968.
- CIARDO, MANLIO: *Le quattro epoche dello storicismo*, Bari, Laterza, 1947.
- CODINO, FAUSTO: *La questione omerica*, Roma, Editori Riuniti, 1976.
- CORSANO, ANTONIO: *Umanesimo e religione in G. B. Vico*, Bari, Laterza, 1935.  
ID.: *G. B. Vico*, Bari, Laterza, 1956.
- CORTESE, NINO: *Cultura e politica a Napoli dal Cinquecento al Settecento*, Napoli, E.S.I., 1965.
- COTUGNO, RAFFAELE: *La sorte di Giovan Battista Vico*, Bari, Laterza, 1914.
- CROCE, BENEDETTO: *Bibliografia vichiana* (acr. e rev. Fausto Nicolini), Napoli, Ricciardi, 1947-48.  
ID.: *La filosofia di G. B. Vico*, Bari, Laterza, 1962<sup>o</sup>.  
ID.: *Storia del Regno di Napoli*, Bari, Laterza, 1944.
- DE SANCTIS, FRANCESCO: *Storia della letteratura italiana*, Torino, Einaudi, 1981, vol. 2.
- DEVOTO, GIACOMO: *Il linguaggio d'Italia, Storie e strutture linguistiche italiane dalla Preistoria ai nostri giorni*, Milano, Rizzoli, 1974.
- DONATI, BENVENUTO: *Nuovi studi sulla filosofia di G. B. Vico*, Firenze, Le Monnier, 1936.
- DONZELLI, MARIA: *Contributo alla bibliografia vichiana*, Napoli, Guida, 1973.
- FIKER, RAUL: *Vico, o precursor*, São Paulo, Moderna, 1994.
- FUBINI, MARIO: *Stile e Umanità di G. B. Vico*, Milano-Napoli, Ricciardi, 1965.  
ID.: *Critica e poesia*, Roma, Bonacci, 1973.
- GARIN, EUGENIO: *La filosofia dal Rinascimento al Risorgimento*, Milano, Vallardi, 1947.  
ID.: *Storia della filosofia italiana*, Torino, Einaudi, 1966, vol. 2.
- GENTILE, GIOVANNI: *Studi vichiani* (Vito Bellezza ed.), Firenze, Sansoni, 1968.
- GIARIZZO, GIUSEPPE: *Vico, la politica e la storia*, Napoli, Guida, 1981.
- GRAMSCI, ANTONIO: *Il materialismo storico e la filosofia di B. Croce*, Torino, Einaudi, 1953.  
ID.: *Quaderni dal carcere*, Torino: Einaudi, 1975.
- LABRIOLA, ANTONIO: *La concezione materialistica della storia*, Bari, Laterza, 1973.
- LAMACCHIA, ADA: *Giambattista Vico e la nuova scienza*, Bari, Ecumenica, 1980.
- MARX, KARL: *O capital*, São Paulo, Civita, 1983.
- MASTROIANNI, GIOVANNI: *Da Croce a Gramsci*, Urbino, Argalia, 1972.
- MONDOLFO, RODOLFO: *Umanismo di Marx. Studi filosofici 1908-1966*, Torino, Einaudi, 1968.  
ID.: *Il «verum factum» prima di Vico*, Napoli, Guida, 1969.
- NICOLINI, FAUSTO: *Divagazioni omeriche*, Firenze, Le Monnier, 1920.  
ID.: *Saggi vichiani*, Napoli, Giannini, 1955.
- PAGLIARO, ANTONINO: «*La tomba delle muse*», in *Il segno vivente*, Napoli, E.S.I., 1952.  
ID.: *Altri saggi di critica semantica*, Messina, D'Anna, 1961.
- PASINI, DINO: *Diritto, Società e Stato in Vico*, Napoli, Jovene, 1970.
- POMPA, LEÓN: *Vico: Studio sulla Scienza nuova*, Roma, Armando, 1977.
- RAK, MICHELE: *La fine dei grammatici. Teoria e critica della letteratura nella storia delle idee del tardo Seicento italiano*, Roma, Bulzoni, 1974.
- ROSSI, PAOLO: *Le sterminate antichità*, Pisa, Nistri-Lischi, 1969.  
ID.: *Immagini della scienza*, Roma, Editori Riuniti, 1977.  
ID.: *I segni del tempo, Storia della Terra e storia delle nazioni da Hooke a Vico*, Milano, Feltrinelli, 1979.
- SCHIAFFINI, ALFREDO: *Italiano antico e moderno*, Napoli, Ricciardi, 1975.
- SPIRITO, UGO: *La vita come arte*, Firenze, Sansoni, 1941.
- TAGLIACCOZZO, GIORGIO (ORG.): *Giambattista Vico: an International Symposium*, Baltimore, Johns Hopkins, 1969.  
ID. (ORG.): *Vico: Past and Present*, Humanities Press, INC. Atlantic Highlands, N.J., 1981.
- VERRI, A.: *G. B. Vico nella cultura contemporanea*, Lecce, Milella, 1979.

\* \* \*